

Una universidad que investiga: nuestra universidad ante el reto de la novedad

Eduardo Valdés SJ

Entre las múltiples reflexiones sobre la universidad y el papel que ésta debe jugar en la sociedad donde ofrece sus servicios, está aquella que la invita a ser presente, a recuperar su papel de articuladora de la sociedad.

La universidad medieval

En occidente, la universidad nace como la gran acompañadora de un proyecto de sociedad. En la Edad Media, la Iglesia hace el esfuerzo más gigantesco que ha hecho para relacionar el cielo con la tierra. Quiso atar el proyecto del reino de Dios al proyecto del bien común humano. Construir el reino es planificar las relaciones entre los seres humanos y con la naturaleza. Dios y los hombres se hacen una misma cosa. No hay que querer ser como Dios o construir una torre de Babel para toparse con la Trinidad. Dios puso su tienda entre los hombres y la Iglesia quiere mejorar ese lugar donde se pone la tienda.

Las catedrales (y las iglesias) se vuelven los lugares de encuentro donde se aprende esta realidad y donde se celebra el querer construir juntos ese proyecto. Las catedrales fueron llamadas los libros de piedra y sus obispos (y sacerdotes), desde la silla (cátedra)

del altar, impartían su enseñanza. Nace lo que será llamada más tarde la universidad (uni-versitas). La multitud de pueblos, razas, lenguas y naciones podían encontrar su centro o su unidad (ser uno) dentro de la diversidad (verso que significa desparramarse, regarse). Era tener una comunidad de investigación unida a una comunidad de compromiso y fe.

A nivel del conocimiento, la universidad se encontró con muchas separaciones que se habían hecho a lo largo de la historia y que tenían una tradición que sigue pesando para occidente. Ya los griegos habían formado su academia donde surgió la filosofía como amor a la sabiduría. Es decir, una tentativa de unión del pensamiento con un modo de vida. Así, sentir y pensar trataban de darse la mano. Es un sentir que se distingue de la reflexión, pero que tiene su punto de encuentro en la vida.

Otra distinción que surgió fue entre el fondo y la forma, lo que se dice y cómo se dice, lo que se da y cómo se da. Por último, surge un cuerpo doctrinal que recoge todo este proceso del pensamiento y trata de adecuarlo al transcurrir del ser humano. Es la distinción entre teoría y práctica.

La universidad contemporánea

La universidad debe entablar el diálogo, por lo menos, entre estas dinámicas humanas, sobre todo en la época actual, donde la racionalidad no parece tener ciudadanía. La racionalidad debe buscar cómo capacitar al ser humano para prepararlo para una sociedad - como la nuestra- de constantes, múltiples y permanentes cambios. La racionalidad tiene una capacidad adaptativa o de adaptación con el ser humano. Pero debe hacerlo de manera crítica y evaluativa de las circunstancias que rodean y le permiten desplegarse a ese ser humano.

Por eso, el trabajo universitario va de un lado al otro del péndulo. Uno de los vértices de este movimiento pendular es dejarse cuestionar por las interrogantes prácticas que la sociedad tiene y por los servicios cotidianos que demanda: es responder. El otro vértice es plantear las preguntas correctas y adecuadas a la sociedad con la libertad que nace y da la mirada racional (*veritas liberavit robis*: la verdad los hará libres): es pregunta.

Esto es particularmente cierto en un mundo como el nuestro, donde la irracionalidad tiene aún su fuerza: está la violencia (como guerra o como inseguridad de...), la destrucción de la naturaleza (con su contrapartida de la ecología) y la destrucción del ser humano (con los derechos humanos y la creación de una cultura de paz y justicia).

Globalización y saber tecnológico

En la actualidad, nuestras sociedades están entrando a la fuerza en la globalización, es decir, en un intercambio que afecta a todas las naciones y a todos los pueblos. Estas macrorelaciones necesitan reglamentarse, encauzarse y vertirse, para que puedan recoger y devolver la riqueza de cada sociedad que habita nuestro planeta. Hay que modernizarse, es decir, construir una organización funcional de las actividades sociales, pues del bipolarismo que ante teníamos bajo forma de guerra fría, hemos pasado a la multipolaridad del mercado.

En los últimos años hemos asistido al surgimiento de un saber que se propone como el regulador por excelencia en esta nueva organización de la sociedad: la tecnología. La tecnología se presenta como capaz de operar en todos los ámbitos, tanto del ser humano como de la naturaleza. No es sólo la máquina (el "hardware"), sino también la capacidad operativa: es versátil ante situaciones que pueden parecer equivalentes o comparables (el "software").

La tecnología también ha mostrado su gran capacidad de simular estados futuros alternativos ("realidad virtual") en sentido amplio en los más variados asuntos, tanto para la sociedad como para la naturaleza. La tecnología permite tomar una decisión entre alternativas comparables.

Estamos asistiendo al surgimiento de una concepción según la cual aquello que resulta tec-

nológicamente factible deba tenerse como legítimo, ya sea porque se lo considera fruto del ingenio humano o porque se sospecha que la norma jurídica será impotente frente a la nueva realidad permitida por la tecnología. De ahí que la sociedad esté adecuando el ritmo de sus actividades a la velocidad de la obsolescencia tecnológica.

Este saber está queriendo hegemonizar todo el resto de saberes de tal forma que parece regir la validez, prestancia y demanda del conocimiento. Tan es así que ya hay personas que se preguntan si no es la capacidad técnica la nueva reina indiscutible de cualquier proceso cognitivo. En otras palabras, el parámetro de comparación lo establece la tecnología.

Los retos de nuestra universidad

Nosotros, que somos una universidad pequeña, en un país pobre y empobreciéndose cada vez más, ¿qué podemos hacer ante esta revolución digital? ¿Debemos transfor-

mar nuestra universidad en un centro tecnológico o tenemos otro aporte que ofrecer?

No negamos la valía de la tecnología por su capacidad operativa, que incluso define nuevos hábitos y desarrolla nuevas habilidades que los métodos antiguos no podían hacer. Es aquí donde la universidad puede volver a integrar, a articular el saber, siendo ella la instancia institucional que garantiza el sentido y el fundamento de la misma racionalidad humana.

¿Cuál será este principio de síntesis racional entre la adaptación de la universidad a su medio y la fidelidad a su misión originaria? ¿Cómo conseguir, además, renovar el patrimonio espiritual de la universidad y ponerlo nuevamente a disposición de las nuevas generaciones?

Recordemos el aforismo de Sócrates: "La vida irreflexiva no merece vivirse". O lo que buscaban nuestras primeras universidades occidentales: unir razón y fe, inteligencia y compromiso de fe.

Bibliografía

Achaerandio, Luis (1995). *Iniciación a la práctica de la investigación*. Guatemala, Universidad Rafael Landívar.

Morandé, Pedro (1997). *Las potencialidades de las universidades católicas*. Manuscrito presentado en la 19a. Asamblea General de la Federación Internacional de Universidades Católicas. Santiago de Chile. 21-25 octubre.

Piaget, Jean (1967). *Logique et connaissance scientifique*. Encyclopédie de la Pléiade. París, Editions Gallimard.

Tracy, David (1997). *La Universidad Católica y los desafíos relacionales del futuro: ¿cómo remediar la separación moderna?* Manuscrito presentado en la 19a. Asamblea General de la Federación Internacional de Universidades Católicas. Santiago de Chile. 21-25 de octubre.

V.V (1979). *Las funciones fundamentales de la universidad y su operativización*. San Salvador. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".